



Juan Velarde Fuertes, Doctor Honoris Causa por la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir

La investidura del Dr. D. Juan Velarde Fuentes como Doctor Honoris Causa colma de alegría esta Universidad y, desde ella, la Iglesia Diocesana, en cuyo corazón ha nacido y desde su seno maternal no deja de desarrollarse. Nos reconocemos insertos en esa porción del Cuerpo de Cristo que camina en Valencia y sentimos renovadas nuestras fuerzas y nuestro impulso al considerar el testimonio de quien resume en sí mismo los dos vectores de la Universidad Católica: ser verdaderamente universitario y ser verdaderamente católico.

La investidura del Dr. D. Juan Velarde Fuentes como Doctor Honoris Causa colma de alegría esta Universidad y, desde ella, la Iglesia Diocesana, en cuyo corazón ha nacido y desde su seno maternal no deja de desarrollarse. Nos reconocemos insertos en esa porción del Cuerpo de Cristo que camina en Valencia y sentimos renovadas nuestras fuerzas y nuestro impulso al considerar el testimonio de quien resume en sí mismo los dos vectores de la Universidad Católica: ser verdaderamente universitario y ser verdaderamente católico.

Le agradezco muy sinceramente a nuestro Vice Gran Canciller, verdadero padre, maestro y amigo de nuestra comunidad universitaria, quien ha tenido una vez más la palabra precisa e inspirada para dirigirse a quien hoy apadrina en su investidura como Doctor Honoris Causa, y encomiarlo como *"un escolástico a caballo entre los siglos veinte y veintiuno"* que renuncia *"a la micro-parcela, porque el reduccionismo lastra la verdad científica y la aísla del entorno al que quiere servir, haciéndola estéril"*.

Dicha afirmación contiene lo que el Beato Juan Pablo II predicó que debía ser toda universidad y con mayor exigencia la Universidad Católica: un lugar de síntesis de saberes. Y la disertación del profesor Velarde sobre tres grandes economistas que ejercieron su profesión desde Valencia, en los que se constata de manera ejemplar la armónica unidad entre su rigor científico y su condición de católicos, ha sido un relato paradigmático sobre como esa síntesis de saberes no sólo impulsa al buen universitario a una amplitud intelectual sin fronteras, sino igualmente a un compromiso generoso con las aspiraciones y las vicisitudes de las personas y de la sociedad de su tiempo.

La investidura por nuestra Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales -designación más enraizada en la tradición científica de la Universidad para la que nació como Facultad de Estudios de la Empresa- tiene en nuestros días una especial vigencia por la situación de crisis económica que padecemos en estos años y cuya salida no acabamos de atisbar, pues se nos van quedando prematuramente marchitos cuantos brotes verdes precipitadamente se nos habían anunciado.

En esta mañana, por tanto, hacemos también homenaje en Usted, Profesor Velarde, a cuantos maestros enseñan "lo que es", argumentan con rigor científico y con coherencia antropológica,



haciendo, en definitiva, de su magisterio una diaconía de la verdad insobornable e irreductible a otros intereses cortoplacistas, que con tanta frecuencia sacrifican el rigor y la verdad en aras del actualismo o de la venta fácil de la palabra.

Gracias muy sinceras, don Juan, a usted y a su familia, muy especialmente a su esposa, por tantas horas dedicadas al estudio, a la lucha por la adecuación del concepto y por la corrección del error. Horas de desapropiación tanto para usted, como para sus más íntimos, pues la vocación universitaria es una consagración exigente que siempre nos pide más, y en esa actitud de entrega y sacrificio resulta siempre imprescindible la solidaridad de nuestra familia.

Su amigo y compañero, el profesor Raga, no ha dejado de alentarnos desde que nacimos como universidad, a centrar nuestra vocación universitaria en la virtud propia del profesor que aspire al magisterio genuino: la estudiosidad. Desde mi responsabilidad en la dirección de la Universidad nada agradezco más que poder ofrecer a mis compañeros su testimonio, don Juan, el testimonio del verdadero maestro, del estudioso apasionado, de las horas empeñadas en el desierto de la lectura, la reflexión, la escritura, el contraste, la revisión, la consulta de las fuentes, la comparación de traducciones, la genealogía de las palabras. Una lucha muchas veces silenciosa, en eso que difusamente señalamos como la "construcción de un pensamiento", cuyo fruto es la savia nutriente de la verdadera universidad.

Qué duda cabe de que la comunicación a través de slogans, de titulares, de frases impactantes, a la que nos empuja continuamente la sociedad mediática, sólo se equilibra, e incluso se corrige y se purifica, si tales modos de expresión resumen sin adulterar una honesta y necesariamente esforzada tarea de elaboración intelectual, con todas las virtudes éticas y dianoéticas que a ella acompañan.

En tiempos en los que ya no sólo se tiene el arrojo de ofrecer el aprendizaje de idiomas en unas horas, sino que hasta la propia ciencia económica se la destina a un exitoso aprendizaje en dos tardes, resulta de urgente necesidad rescatar y destacar la crucial aportación de los maestros, ya tanto su persona, como la de los economistas cuya memoria ha ensalzado (don José María Zumalacárregui, don Román Perpiñá, y don Manuel de Torres). Todo ello nos recuerda al universitario actual la consabida expresión de que descansamos nuestro saber sobre hombros de verdaderos gigantes, y es en esa tradición en la que queremos sustentar y mejorar nuestro servicio y nuestro saber.

Su magisterio propio en Economía, Dr. Velarde, resulta tanto más urgente, cuanto más profundamente sentimos que la crisis económica que padecemos es bastante más que "una ligera fiebre" que pronto se superará, pues interpela al modo de vivir en el que nos estábamos instalados, o más directamente, a los modos de decidir que las personas tenemos sobre nuestra vida, superando la ilusión de que el progreso por él mismo tiene respuesta para todas las cosas, dormidera preferida de los que abonan al llamado "progresismo".

Como nos ha referido hace breves instantes en relación a José María Zumalacárregui, frente a cualquier delirio planificador e intervencionista, la verdadera ciencia económica respetuosa con la dignidad de cada ser humano demuestra que *"existen leyes económicas que se refieren a actos que afectan a la conducta libre y futura de los individuos y que dichas leyes permiten predecir comportamientos humanos futuros con la ayuda de la estadística"*.



En su tercera encíclica, *Caritas in veritate*, el Santo Padre nos iluminaba con unas palabras que perfectamente orientan sobre la trayectoria universitaria del profesor Velarde: *"La verdad preserva y expresa la fuerza liberadora de la caridad en los acontecimientos siempre nuevos de la historia. Es al mismo tiempo verdad de la fe y de la razón, en la distinción y la sinergia a la vez de los dos ámbitos cognitivos. El desarrollo, el bienestar social, una solución adecuada de los graves problemas socioeconómicos que afligen a la humanidad, necesitan esta verdad. Y necesitan aún más que se estime y dé testimonio de esta verdad. Sin verdad, sin confianza y amor por lo verdadero, no hay conciencia y responsabilidad social, y la actuación social se deja a merced de intereses privados y de lógicas de poder, con efectos disgregadores sobre la sociedad, tanto más en una sociedad en vías de globalización, en momentos difíciles como los actuales"*.

De las palabras del Santo Padre y de la disertación de nuestro nuevo doctor honoris causa, se desprende con elocuencia que la actividad económica exige para ser desarrollada adecuadamente de una correcta comprensión del ser humano. Frente al gusto que en los últimos años circula por ciertos ámbitos académicos de referirse al "post-humanismo", la actividad económica requiere de una mayor disciplina intelectual que nos hace presente que las instituciones sociales, lejos de ser puras creaciones artificiales y arbitrarias de la inteligencia humana, sólo son pueden ser organizadas con sabiduría cuando se las reconoce con una dimensión "antropomórfica", es decir, un reflejo ampliado de lo que esencialmente constituye al ser humano. Y, viceversa, la acción económica también nos permite tomar nota de algunos elementos permanentes del ser humano, que otras actividades propias de él no las enfatizan del mismo modo.

El debate intelectual sobre la naturaleza humana, al que Benedicto XVI no deja de prestar atención, como recientemente hemos escuchado en el seminario sobre el pensamiento del Santo Padre sobre los derechos humanos, organizado por el Instituto Benedicto XVI de esta misma Universidad, es de plena actualidad para una recta comprensión de la economía. Tras la segunda guerra mundial, la humanidad quiso darse un código de ética irrebasable, para poner límite y final a los abusos del poder y proclamó la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Comentando la misma por encargo de la UNESCO, el filósofo católico, Jacques Maritain, consideró en aquel momento la opinión de Bertrand Russell negando la existencia de una naturaleza humana como una excentricidad intelectual sobre la que no merecía la pena debatir.

Más de sesenta años después parece que las coordenadas se han invertido y que la excentricidad sea sostener que existe una naturaleza humana. Autores que defienden esta realidad en un contexto muy crítico frente a ella, como es el de una filosofía del lenguaje heredera, entre otros, del propio Russell, abogan por remitir a la propia experiencia de la persona, cuya acción sólo se explica por modos de decisión que responden a esa naturaleza. Sintetizando apresuradamente su gesto, sostienen que esa misma naturaleza humana que expulsamos en la teoría, retorna a nosotros por medio de la acción práctica, por nuestro modo de actuar.

Para dar cuenta de esas verdades que problematizamos en nuestra inteligencia, pero no podemos sacudirnos en nuestro proceder, la literatura, el teatro y el cine nos suministran un complemento eficaz. En relación a esta última gran arte, el catedrático emérito de Harvard, Stanley Cavell, sostiene que el cine permite captar la filosofía invisible que acompaña la vida



ordinaria de las personas. Y ruego de su bondad, profesor Velarde, así como de la de todos los asistentes, que me permitan ahora introducir una metáfora audiovisual.

La película de Joshua Logan *"Paint the Wagon"*, oportunamente rotulada en español como *"La leyenda de la ciudad sin nombre"* nos presenta una metáfora elocuente para representar cómo se vive hoy la crisis económica. Permítanme unas pinceladas para contextualizar el film. Data de 1969, lo que permite atribuirle la condición de ser un western musical, con algunos guiños decisivos a la cultura hippy, ya que el relato del antiguo Oeste se entrelaza con propuestas muy en circulación en torno al mayo del 68.

La línea argumental de la "fiebre del oro" marca toda la película, y nos sitúa ante unos protagonistas que siendo "outsiders", como es tradicional en el relato del western, pretenden ser al mismo tiempo profetas de una sociedad nueva, más blasfema que agnóstica, más promiscua que liberadora. Una sociedad sólo de hombres, con la única aspiración de enriquecerse, en la que la mujer es relacionada principalmente con el deseo, pero en la que el Director, Joshua Logan, no deja de introducir matices que evitan su excesiva caricaturización: a pesar del afán de promiscuidad, valoran la institución matrimonial, y celebran el primer matrimonio habido en la comunidad con toda solemnidad; aunque a la mujer se la confine a ser objeto de deseo, Ben Radsom (Lee Marvin), acepta la aspiración de su esposa recién casada a ser respetada, a tener derechos en su matrimonio, centrados, sobre todo, en la posesión de un hogar; en paralelismo con la bigamia en forma de bigamia que vive la protagonista en su matrimonio mormón, al inicio de la película, se plantea una bigamia en forma de biandria entre ella y Ben Radsom y su socio (Clint Eastwood). Una curiosa manera de alegar el feminismo.

Sí, una sociedad guiada sólo por el deseo desordenado de riqueza empuja a sus miembros a vivir desestructuradamente, a desconocer sus aspiraciones más profundas, a precarizar la captación del sentido y significado de la vida humana. La aparición de unos miembros de una comunidad tradicional, con matrimonio, moralidad y temor de Dios, que han sufrido un accidente y que necesitan de la ayuda de los habitantes de la ciudad sin nombre, recupera el deseo de la mujer de una vida honorable, con decencia, tal y como intuye que Dios quiere para sus hijos. Tal percepción la mueve a dar por terminada la biandria, el triángulo, y en ese momento tiene lugar el diálogo más filosófico de este western musical que da pie a la melodía en su momento archiconocida de la estrella errante:

Hace unos días, nuestro Arzobispo y Gran Canciller nos escribía en su carta semanal **Jesucristo en el centro para entregar esperanza**: *"Entra en la profundidad de la vida real y descubre otro modo de vivir. En nuestra sociedad, tremendamente fragmentada, abundan viajeros que perdieron el norte. Entre ellos hay soñadores que no saben aceptar las limitaciones de la condición humana; los hay naufragos del absoluto, su barca se hunde bajo el azote de vientos cuyo origen a menudo les es desconocido. Hay también algunos que se han unido a la corriente de esa civilización que sin alma provoca desilusión, desesperanza y vacío. Y todos, queriendo coger el primer salvavidas que se les presente. Pero hay otros hombres y mujeres para los cuales lo más importante es estructurar su vida desde la comunión con Jesucristo: "A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del*



Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio... Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (cf. Hch 2, 22-36). Nuestra vida debe tener un eje estructurador misionero, que nos haga sentir pasión para que en este mundo nuestro se haga visible Jesucristo y la Iglesia fundada por Él dé testimonio creíble de que Jesús es el Señor".

La misión de la Universidad Católica nos compromete decisivamente con que veamos en la crisis económica una oportunidad para que las estrellas errantes cojan el rumbo de la estrella de los Magos, adquieran la sabiduría de peregrinos que saben que la búsqueda de un hogar no es una aventura incierta o aquejada de fracaso, sino que es un caminar esperanzado porque el Señor nos ha anunciado que en la casa de nuestro Padre del Cielo hay muchas moradas y que Él ha ido a prepararnos una.

Como no cesa de indicarnos Benedicto XVI, la razón viene en ayuda de la fe también en el campo de las ciencias humanas y sociales, y entre ellas la economía, porque sabe señalar a esa misma razón la sanación de sus límites. Ni la confianza ciega en una mano invisible que todo lo arregla, ni el dogmatismo de una dialéctica de la materia que reclama para sí todos sus derechos, hacen justicia al ser humano.

Por el contrario, una recta comprensión del trabajo humano; de la familia como educadora en el trabajo y como beneficiaria de ese mismo trabajo; de la cooperación de la inteligencia humana con la obra salvadora de Dios por medio de la suma de iniciativas y esfuerzos; del ejercicio de la autoridad como servidora del bien común; de la necesidad de la caridad para ayudar y proteger a quienes por ellos mismos no pueden defenderse y están amenazados de pobreza y exclusión, tiene fuerza para orientar todo el cúmulo de energías que ha de movilizar la búsqueda de un desarrollo verdaderamente humano.

Gracias don Juan, por representar con excelencia todos estos valores, por explicarlos con rigor, por proponerlos continuamente desde sus distintos espacios de magisterio, con perseverancia, paciencia, y hasta con buen humor. Ese es el bálsamo precioso del buen samaritano para una sociedad postrada y herida. Es el bálsamo precioso que dispensa quien se reconoce como discípulo y amigo de nuestro Señor. Dios se lo pague. Muchas gracias.